

tado es desastroso, ¿se disminuye la moralidad y el heroísmo de la acción? no; ha producido una catástrofe, es verdad; pero « él no lo podía prever, diremos; el mérito es el mismo; » y ¿porqué? porque la raíz de este mérito estaba en la voluntad, en la conciencia; procedía del amor puro de su patria, en cuyas aras se inmola, sin más testigos que Dios y su conciencia, y guiado por la idea del bien, por la prescripción del deber, por el amor de la virtud. El heroísmo no deja de serlo por haber sido desgraciado; sobre la tumba de la patria debería levantarse la estatua del héroe.

Hágase la contraprueba. Un hombre vil ocupa una posición importante de cuya conservación depende la suerte de su patria. El enemigo le ofrece una cantidad, y se presta á venderla, conociendo todo el daño que resulta de su acción infame. Entretanto, el gobierno á quien sirve, desepso de asegurarse la fidelidad del traidor, le promete un premio mayor que la cantidad de la venta; el infame calcula, y conociendo que le es más ventajoso el permanecer fiel, conserva la posición, la defiende con obstinación invencible, y salva á su patria. El resultado es feliz; pero ¿qué os parece del hombre? Su acción es felicísima, pero no moral; por el contrario, es negra como sus bajos cálculos; todo el brillo de los resultados no es capaz de ennoblecerla: el triunfo que á ella es debido se liga con el recuerdo de una sórdida especulación; la patria fué salvada porque fué el mejor postor en la conciencia venal; en los trofeos de la victoria desearíamos ver escrita con caracteres indelebles la infamia del vencedor.

CAPÍTULO VIII.

NO SE EXPLICA BASTANTE LA MORALIDAD CON DECIR QUE LA MORAL ES LO CONFORME Á LA RAZÓN.

45. La razón nos prescribe la moral: ¿consistirá la moralidad en la conformidad con la razón? Analicémoslo.

46. ¿Qué se entiende aquí por conformidad á la razón? Y ante todo, ¿qué significa la palabra razón? Suele tomarse en

varias acepciones; á veces expresa la facultad de pensar, ó el entendimiento, en cuyo sentido se dice que el bruto carece de razón, y que el demente ha perdido el uso de la razón; á veces significa el conjunto de las verdades fundamentales, que son como las leyes de nuestro entendimiento: y así decimos que tal ó cual cosa es contraria á la razón, y que lo absurdo es contra la razón, porque se halla en contradicción con estas verdades. Por fin, la razón se toma frecuentemente por la equidad y justicia moral. « Pretende eso y tiene razón, es lo justo; se resiste á desposeerse de tal propiedad y no tiene razón, porque no le pertenece; exige en el contrato condiciones razonables; » en estos y otros casos, razón se toma por equidad ó justicia. Ninguna de estas acepciones basta para que diciendo: conforme á razón, resulte explicado el carácter constitutivo de la moralidad.

47. Ser conforme á razón, significando por esta palabra la facultad de entender, es no decir nada. Una facultad incluye actividad, pero esta puede ejercerse de mil maneras; ser conforme á una actividad, es ser proporcionado á ella, ó ser una condición que la desenvuelva; pero en todo eso nada encontramos que nos dé ideas morales.

48. Decir que la moralidad es la conformidad á la razón, esto es, al conjunto de verdades que ella conoce, es ó no decir nada, ó caer en un círculo vicioso. Porque en este conjunto de verdades entran las morales ó no: si entran, la proposición significa que la moralidad consiste en la conformidad á las verdades morales, lo que es explicar la cosa por sí misma, y por tanto no aclarar nada; si no entran, entonces observaremos que la conformidad á la razón será conformidad con lo conocido; y como este conocimiento puede referirse á mil objetos, y aplicarse de infinitas maneras, nos quedamos sin ninguna regla moral, y el hombre podrá cometer las acciones que quiera en conformidad con sus conocimientos. Verdad hay en los cálculos del traidor; verdad en los insidiosos preparativos del asesino; verdad en las invenciones del sensual para prolongar, variar y avivar sus placeres, verdad en las especulaciones del codicioso; verdad en los planes del ambicioso turbulento; verdad en los designios del orgulloso, que todo lo sacrifica en sus aras; en tales casos hay verdades de hecho, conocidas, calculadas; verdad

en las relaciones del medio con el fin; ¿diremos sin embargo que hay moralidad? Claro es que no: luego el conocimiento por sí solo no es regla de moral; el conocimiento es una arma de que podemos hacer bueno y mal uso; necesitamos, pues, un principio que le dirija, y que le dé ese carácter que en sí propio no tiene.

49. Si por la palabra razón se entiende justicia, equidad u otra idea moral, caemos en el mismo defecto arriba censurado: se explica la cosa por sí misma, y así no se adelanta nada.

CAPÍTULO IX.

NADA SE EXPLICA CON DECIR QUE LA MORAL ES UN HECHO ABSOLUTO DE LA NATURALEZA HUMANA.

50. Las ideas morales están en nuestro espíritu; en la razón que las conoce, en la voluntad que las ama, en el corazón que las siente: ¿podríamos decir que la moralidad es un hecho primitivo del alma, y que su valor intrínseco depende de nuestra propia naturaleza racional?

51. La naturaleza humana, en general, es un ser abstracto, en el que no puede fundarse una cosa tan real é inalterable como es la moralidad; tomada individualmente no es otra cosa que el hombre mismo; y en este tampoco se puede hallar el origen de la moral. El individuo humano es un ser contingente, el orden moral es necesario; antes que nosotros existiéramos, el orden moral existía; y este continuaría aunque nosotros fuéramos aniquilados; en ningún individuo humano se halla el origen de una cosa necesaria, luego tampoco puede hallarse en su conjunto. Nosotros concebimos las ideas morales independientes, no solo de este ó aquel individuo sino de toda la humanidad: aunque no existiese hombre alguno habría orden moral, con tal que hubiese criaturas racionales. El hombre es uno de los seres que por su racionalidad son susceptibles del orden moral, pero no el origen de este orden.

52. Los que miran la moralidad como un hecho absoluto del espíritu humano, sin ligarla con la existencia de un ser supe-

rior, no explican nada; no hacen más que consignar el hecho de las ideas y sentimientos morales, para lo cual no necesitamos ciertamente de investigación filosófica: son cosas que todos llevamos en el entendimiento y en el corazón; para cerciorarnos de ellas bástanos el testimonio de la conciencia.

CAPÍTULO X.

ORÍGEN ABSOLUTO DEL ORDEN MORAL.

53. Precisados á salir del hombre para buscar el origen del orden moral, y siendo claro que hemos de encontrar la misma insuficiencia en las demás criaturas, es necesario que le busquemos en la fuente de todo ser, de toda verdad y de todo bien: Dios.

Lo que se ha dicho (V. *Ideología*, cap. XIII) sobre el fundamento de la posibilidad, y de las verdades ideales necesarias, tiene aplicación aquí. Los principios morales son también necesarios, inmutables; y así no pueden fundarse en un ser contingente y mudable. Luego su origen está en Dios.

54. Pero queda todavía la dificultad sobre el sentido de la doctrina que pone en Dios el origen de las verdades morales. ¿Se entiende que dependan de su libre voluntad? No. Porque de esto se seguiría que lo bueno sería bueno y lo malo malo, solamente porque Dios lo habría establecido; de suerte que sin mengua de su santidad hubiera podido hacer que el odio de la criatura al Criador fuese una virtud y el amor un vicio, que el aborrecer á todos los hombres fuese una acción laudable, y el amarlos vituperable; ¿quién puede concebir tamaños delirios? Por donde se ve que el orden moral tiene una parte necesaria, independiente de la libre voluntad divina; por la sencilla razón de que Dios, todo verdad, todo santidad, no puede alterar la esencia de las cosas, pues que esta se halla fundada en la misma verdad y santidad infinita.

55. A medida que se va analizando la cuestión, el terreno se despeja, y nos encontramos con menos elementos que pueden pretender á ser principios de la moralidad: no la hallamos

tundada en ninguna criatura, ni tampoco en la libre voluntad divina; luego será algo necesario en Dios mismo: ¿el origen de la moralidad será la misma bondad moral de Dios, la santidad infinita? pero ¿qué es bondad moral, qué es santidad? ¿qué queremos significar por estas palabras? Hé aquí una nueva dificultad.

56. Si antes de lo contingente es lo necesario, antes de lo condicional lo incondicional, antes de lo relativo lo absoluto, claro es que esa bondad moral, contingente no en sí, sino en el ser criado; condicional, por la dependencia de las condiciones á que en su aplicacion está sujeta; relativa, por los extremos á que se refiere; ha de estar precedida de una bondad moral absoluta, que no se funde en otra cosa que en sí misma, que sea la bondad moral por esencia y excelencia; de suerte que en llegando á ella ya no sea posible pasar mas allá en busca de otras explicaciones. El mismo lenguaje con que expresamos la razon de la moralidad indica el carácter absoluto de su origen. Conforme á razon, á la ley eterna, á los principios eternos: estas expresiones indican relacion de *conformidad* á una bondad necesaria, es decir, la dependencia en que lo relativo está de lo absoluto.

57. ¿Cuál es pues el atributo de Dios, ó el acto que concebimos como bondad moral, como santidad? No es su inteligencia, ni su poder, sino el amor de su perfeccion infinita. El acto moral por esencia, el acto constituyente, por decirlo así, de la bondad moral de Dios, ó sea de su santidad, es el amor de su ser, de su perfeccion infinita; mas allá de esto nada se puede concebir que sea origen de la moral; mas puro que esto no se puede concebir nada en el órden moral. El amor con que Dios se ama á sí mismo es la santidad, es, por decirlo así, la moral viviente. Todo lo que hay de moralidad real y posible, dimana de aquel piélago infinito.

58. La santidad de Dios no es el cumplimiento de un deber, es una necesidad intrínseca, como la de existir. No se puede buscar la razón del amor que Dios se tiene á sí mismo: esto es una realidad absolutamente necesaria. Del hombre se dice muy bien que *ha de amar* á Dios; pero de Dios no se debe decir esto, sino que *se ama*; enunciando de una manera absoluta una verdad absoluta. A quien insistiese en preguntar porque

Dios se ama á sí mismo, le replicaríamos que la pregunta es tan extraña, como esta otra: porqué Dios existe. Lo necesario no tiene la razon de sí mismo, fuera de sí mismo; es: y ya está dicho todo; nada se puede añadir. Lo propio diremos de la santidad: Dios es infinitamente santo por el amor de sí mismo: de este amor no puede señalarse otra razon sino que *es*. Pero en cuanto podemos ensayar con nuestra débil razon la explicacion de lo infinito, ¿concebimos acaso algo mas recto, mas conforme á razon, que el amor de la perfeccion infinita? El amor ha de tener algun objeto: este es el ser; no se ama á la nada: cuando pues hay el ser por esencia, el ser infinito, hay el objeto mas digno de amor. Pero no insistamos en manifestar una verdad tan clara que no necesita explicacion.

59. Veamos ahora cómo de la santidad infinita, del acto moral por esencia, del amor de Dios, de la moralidad sustancial y viviente, dimana la moralidad ideal que hallan en sí propias todas las criaturas intelectuales, y que se realiza bajo distintas formas en las relaciones del mundo intelectual.

CAPITULO XI.

CÓMO DE LA MORALIDAD ABSOLUTA DIMANA LA RELATIVA.

60. Dios, viendo desde la eternidad el mundo actual y todos los posibles, veia tambien el órden á que debian estar sujetas las criaturas que los compusieran. Una obra de la sabiduría infinita no podia estar en desórden; y mucho menos la mas noble entre ellas, que era la intelectual. Amándose Dios á sí mismo, amaba tambien este órden, y le queria realizado en el tiempo por las criaturas racionales, cuando se dignase sacarlas de la nada. Pero como esta realizacion debia ser ejecutada libremente, pues que los seres dotados de inteligencia no pueden estar sujetos en sus actos á la necesidad, como los irracionales, debia como neárselos esta regla por medio del conocimiento con el cual dirigieran su voluntad. Así sucedió; y la impresion de esta regla en nuestro espiritu, hecha por la mano del Creador, es lo que se llama ley natural.

61. Entre las prescripciones de esta ley, figura en primera línea el amor de Dios; el orden moral en la criatura no podía fundarse en otra cosa; ya que el amor de Dios á sí mismo es la moralidad por esencia, la participacion de esta moralidad debía ser tambien la participacion de este amor. Y hé aquí una prueba filosófica de la profunda sabiduría de la religion cristiana, que establece el amor de Dios como el mayor y primero de los mandamientos.

62. Claro es que el hombre, atendida su debilidad, no puede estar siempre pensando en el amor de Dios; por lo cual no es necesario que todos sus actos lleven de una manera explicita este augusto carácter; pero puede, si, obrar de modo que nada haga contrario á este amor, y conformar sus actos al orden prescrito. Cuando así proceda, aunque sus acciones no estén expresamente motivadas por este amor, participan de él en alguna manera; y en esta participacion consiste la moralidad, en lo contrario la inmoralidad.

63. Esta doctrina no es una mera hipótesis para explicar un hecho: si su exposicion no bastase para manifestar su verdad, hé aquí de qué modo podríamos confirmarla.

La moral como necesaria y eterna no se funda en ninguna criatura, luego su origen está en Dios. La bondad moral participada, ha de estribar en la moral por esencia; esta es la santidad divina. Cuando un hombre es muy bueno moralmente se le apellida santo; la bondad por esencia será la santidad por esencia. La santidad divina es el amor que Dios se tiene á sí mismo: este amor participado hace la santidad de la criatura; el amor por esencia ha de ser la santidad por esencia. Además, los otros atributos de Dios no se refieren directamente al orden moral; este es el único en que descubrimos este carácter; nada podemos concebir mas bueno y mas santo que el acto puro, infinito, con que Dios ama su perfeccion infinita.

La moralidad en la criatura no puede ser otra cosa que una participacion de la moral divina. La primera y principal de estas participaciones es el amor de la criatura á Dios.

64. Dios ama el orden que corresponde á las criaturas conforme á lo que está en la sabiduría infinita. La criatura amando este orden ama lo que Dios ama, lo que está en Dios, y por consiguiente ama en algun modo á Dios. Infringiendo este ór-

den no ama á Dios, pues que obra contra lo que él ama. Luego la criatura participa de la moralidad cuando procede con arreglo á este orden, y peca cuando le traspasa.

65. Así hemos encontrado lo absoluto en moral, fundamento de lo relativo; lo infinito, origen de lo finito; lo esencial, fuente de lo participado. Con esta piedra de toque podemos recorrer toda la moral, y reconocer la bondad ó la malicia de las acciones.

CAPÍTULO XII.

EXPLICACION DE LAS NOCIONES FUNDAMENTALES DEL ORDEN MORAL.

66. Ahora podemos definir el orden moral y todas sus ideas fundamentales.

67. La moralidad absoluta y esencial es la santidad infinita, ó sea el acto con que Dios ama su perfeccion infinita.

68. La moralidad en los seres criados es el amor de Dios explicito ó implicito.

69. El amor explicito es el acto mismo de amar á Dios; esto es el acto moral por excelencia.

70. El amor implicito es el amor del orden que Dios ama en sus criaturas.

71. El orden moral es el orden en las criaturas, en cuanto amado por Dios.

72. Bien moral, relativo y finito, es lo que pertenece al orden amado por Dios en las criaturas, en cuanto es realizable por seres inteligentes y libres. Mal moral es lo que es contrario al orden amado por Dios, en cuanto la contrariedad es realizable por criaturas libres.

73. Vinculo moral, tomado en su mayor generalidad, es un limite que deja intacta la libertad fisica; pero que influye en la inteligencia y voluntad del ser libre para que ejerza ó no su accion en cierto sentido. La voluntad es fisicamente libre para querer una cosa mala; pero no la quiere porque es mala, ó porque acarrea castigo: hé aquí un limite; un vinculo moral produciendo su efecto sin destruir la libertad.

74. Ley natural es la comunicacion del orden moral hecha

por Dios al hombre desde su creación, en cuanto produce en este un vínculo moral.

75. Mandamiento ó precepto es el acto que produce este vínculo moral con respecto á la ejecución de una cosa. Prohibición es el acto que liga moralmente para no ejecutar una acción.

76. Lícito es lo que no contraría el orden moral; ilícito lo que le contraría.

77. Deber es la sujeción de la criatura libre al orden moral.

78. La obligación, tomada esta palabra en su mayor generalidad, se confunde con el deber. Se llama obligación porque la sujeción al orden moral forma una especie de vínculo, que respetando la libertad física, la *liga* en el orden moral, en cuanto la criatura no puede apartarse de este orden sin hacerse culpable y sin incurrir en una pena.

79. La idea de derecho incluye dos: la de lícito con relación al sujeto que lo tiene; y la obligación de los demás en respetársele.

Camilo puede pasearse; los otros no pueden impedirsele; Camilo tiene, pues, derecho al paseo. Si estuviese solo en el mundo, el paseo le sería lícito; pero no se diría que esta licitud (si puedo expresarme así) fuese un derecho.

Salustio puede reclamar el dinero que ha prestado a su amigo; y este tiene obligación de devolvérsele; en Salustio hay un derecho.

Luego el derecho incluye siempre obligación ó deber en otro, ya sea para hacer, ya para no impedir.

80. Imputabilidad moral es el conjunto de las condiciones necesarias para que una acción pueda ser atribuida á una criatura en el orden moral. Estas son: conocimiento del acto imputado y libertad en su ejecución (cap. II).

81. Responsabilidad moral es la sujeción á la imputabilidad y á sus consecuencias.

82. Culpa es la misma responsabilidad por una mala acción. «Es culpable, no es culpable;» esto es, ha obrado mal, ó no; es responsable de un mal ó no.

83. Pecado es una acción mala. Se suele aplicar este nombre á las acciones malas consideradas únicamente con relación á Dios. Cuando se las refiere á las leyes humanas se apellida

faltas, delitos ó crímenes, según su gravedad y naturaleza. Hay pecados de omisión.

84. Premio es un bien otorgado á un ser á consecuencia de una acción buena que le pertenece como imputable.

85. Pena es un mal causado al ser libre, por motivo de una acción mala de que es responsable. El castigo es la aplicación de la pena.

86. Virtud es el hábito de obrar bien.

87. Vicio es el hábito de obrar mal.

Para ser virtuoso no basta ejecutar una acción buena; es preciso tener el hábito de obrar bien; así como por un acto malo se hace el hombre culpable, mas no vicioso.

88. Laudable es el ser la acción digna de que la reconozcan y aprecien los demás, como conforme al orden moral.

89. Vituperable es lo digno de que los demás lo reconozcan y censuren como contrario al orden moral.

90. Conciencia es el dictámen de la razón que nos dice: esto es bueno, aquello es malo.

91. Si hay verdad en el juicio de la moralidad de un acto, la conciencia se llama recta; si hay error, errónea; si hay certeza, cierta; si hay probabilidad, probable. La conciencia dudosa es la que está fluctuante entre el sí y el no.

92. El error es invencible, cuando no lo hemos podido evitar; de lo contrario es vencible. Lo mismo se aplica á la ignorancia de una obligación. Si por ignorancia invencible, cometemos un acto malo, no somos culpables; pero la ignorancia vencible no exime de culpa.

CAPÍTULO XIII.

CÓMO SE EXTIENDE EL ORDEN MORAL Á LO QUE NO LE PERTENECE POR INTRÍNSECA NECESIDAD.

93. Hasta aquí hemos considerado el orden moral en sus relaciones necesarias; faltanos ahora saber cómo se extiende á muchas cosas que no participan de esta necesidad. Lo que pertenece al orden moral necesario, está mandado porque es

bueno, ó prohibido porque es malo : lo que está fuera de dicha necesidad, es bueno porque está mandado, ó malo porque está prohibido. El amor de Dios está mandado porque es bueno; el perjurio está prohibido porque es malo. La observancia de un rito, por ejemplo, la abstinencia de ciertos manjares, es buena porque está mandada; el comer de ellos es malo porque está prohibido. Los mandamientos relativos al orden necesario se llaman naturales, los demás positivos.

94. La obligacion positiva es una consecuencia de la natural; ó hablando con mas propiedad, es la misma obligacion natural aplicada á un caso. Hé aqui puesta en un silogismo la fórmula general de todas las obligaciones positivas que emanan de Dios. Es de ley natural el obedecer á Dios en todo lo que mande; es así que ha mandado *esto*; luego es de ley natural el hacer *esto*. La mayor es un principio de moral necesaria; la menor es la afirmacion de una cosa particular que cae bajo lo comprendido en aquel principio; luego la consecuencia incluye tambien una obligacion natural, ó sea la aplicacion de la ley natural á un caso dado.

95. Esta aplicacion de los principios naturales á casos especiales, se encuentra en todas las relaciones de la vida. Casio no está obligado á ceder una propiedad á Sempronio: esta cesion nada tiene que ver con la ley natural. Pero si suponemos que Casio se ligue por un contrato, la cesion resultará prescrita por la ley natural. Segun esta se debe cumplir lo pactado; Casio ha pactado la cesion, luego debe hacerla; y no haciéndola peca contra la ley natural.

96. De la propia suerte se explican las obligaciones positivas que emanán de legitima autoridad humana. La ley natural prescribe que se guarde en la sociedad el orden debido; el cual no puede subsistir, rotos los vinculos de la obediencia á la autoridad legitima; esta tiene pues la sancion de la ley natural; y en el ejercicio de sus funciones produce obligacion á causa de esta misma ley.

CAPÍTULO XIV.

DEBERES PARA CON DIOS.

97. Una criatura racional, aunque estuviese enteramente sola en el universo, no podria prescindir de sus relaciones con el Criador : su simple existencia le produce deberes hácia el Ser que se la ha dado.

98. El primero de estos deberes es el amor : este es la base de los demás. Por el amor se une nuestra voluntad con el objeto amado, y la criatura no está en el orden, si no está unida con su Criador. El objeto de la voluntad es el bien; y por tanto el objeto esencial de la voluntad es el bien por esencia, el bien infinito.

99. Lo mismo se nos indica por la inclinacion hácia el bien en general que todos experimentamos. No hay quien no ame el bien; no hay quien no le desee bajo una ú otra forma. Los errores, las pasiones, los caprichos, la maldad, buscan á menudo el bien en objetos inmorales y dañosos; pero lo que se quiere en ellos no es lo que tienen malo sino lo bueno que encierran. Supuesto que el bien, en general, es una idea abstracta, y que no hay bien verdadero, sino cuando hay un ser en que se realiza; este deseo del bien en sí mismo nos indica que hay algo que no solo es una cosa buena, sino el bien en sí mismo. Si á este bien, que es Dios, le conociésemos intuitivamente, le amaríamos con una feliz necesidad; pero ahora, mientras estamos en esta vida, aunque amemos por necesidad el bien tomado en general, no lo amamos en cuanto está realizado en un ser; y por esto el hombre sustituye con harta frecuencia al amor del bien infinito y eterno el de los finitos y pasajeros.

100. El amor de Dios engendra la veneracion, la gratitud, el reconocimiento de que todo lo hemos recibido de su mano bondadosa; y por tanto la adoracion interior con que nos humillamos en su presencia rindiéndole los debidos homenajes. Hé aqui el culto interno.

101. El hombre ha recibido de Dios no solo el alma, sino

también el cuerpo; y además tenemos natural inclinación á manifestar los afectos del espíritu por medio de signos sensibles: así, pues, en reconocimiento de haber recibido de Dios el cuerpo, y cuanto nos sirve para la conservación de la vida; y además para manifestar por signos sensibles la adoración interior, empleamos ciertas expresiones, ya de palabra, como la oración verbal; ya de gesto, como el hincar la rodilla, el inclinarse, el postrarse; ya de acciones sobre otros objetos, como el quemar incienso, el ofrecer los frutos de la tierra, el matar á un animal, en reconocimiento del supremo dominio de Dios sobre todas las cosas. Hé aquí el culto externo.

102. Esta obligación se funda en la misma naturaleza del hombre. Levantamos monumentos á los héroes; guardamos con respeto la memoria de los bienhechores del linaje humano; conservamos con amor y ternura cuanto nos recuerda á un padre, un amigo, una persona querida, que la muerte nos ha arrebatado; y no manifestaríamos exteriormente el amor, el agradecimiento, la adoración, que tributamos á Dios en nuestro interior?

103. Las costumbres del linaje humano en todos tiempos y países están acordes en este punto con la sana filosofía: en medio de los errores y extravagancias que nos ofrece la historia de las falsas religiones, vemos una idea dominante, fija, conforme con la razón, y enseñada por Dios al primer hombre: la obligación de manifestar el culto interno con el externo.

104. La obediencia que debemos á Dios en todas las cosas, se la debemos también en lo tocante al culto; y así es que estamos obligados á tributárselo de la manera que su infinita sabiduría nos haya prescrito. De aquí resulta que á los ojos de la sana moral no son indiferentes las religiones; quien sostiene esto las niega todas. Porque ó es preciso decir que Dios no ha revelado nada con respecto al culto, ó confesar que quiere que se haga lo que ha mandado. Lo primero lo combaten sólidamente los apologistas de la revelación; lo segundo lo demuestra la sana filosofía.

De esto se infiere que el hombre está obligado á vivir en la religión que Dios ha revelado; y que quien falta á esta obliga-

ción infringe la ley natural, y es culpable á los ojos de la Justicia divina.

105. Los que admiten la existencia de Dios y niegan la posibilidad de la revelación, incurren en una contradicción manifiesta. Si el hombre puede hablar al hombre, ¿porqué el Criador no podrá hablar á la criatura? Si los espíritus finitos son capaces de comunicar sus pensamientos á otros, ¿porqué el espíritu infinito estará privado de esta facultad? Quien nos dió el ser, ¿no podrá ponerse en especial comunicación con su propia obra? Quien nos dotó de entendimiento, ¿no podrá ilustrarle?

Se dirá tal vez que Dios es demasiado grande para descender hasta nosotros; pero reflexiónese que este argumento prueba demasiado, y por tanto no prueba nada. Dios, siendo infinito, crió seres finitos; y esto no repugna á su infinidad; luego, ó debemos inferir que Dios no pudo criarnos; ó es preciso convenir en que puede hablarnos.

CAPÍTULO XV.

DEBERES PARA CONSIGO MISMO.

SECCION I.

Noções preliminares.

106. El ser que obra no solo con espontaneidad sino también con libertad, ha de tener una regla que le fije la conducta que debe observar consigo mismo. Los inanimados se perfeccionan con sujeción á leyes necesarias, en cuya ejecución no tienen ellos sino una parte pasiva; y los irracionales, aunque obran por un impulso propio, con la espontaneidad de un viviente sensitivo, no conocen lo que hacen, pues su percepción se limita á lo puramente sensible. Pero el ser dotado de razón y de libre albedrío, es dueño de su misma espontaneidad, puede usar de ella de diferentes modos, y por tanto necesita que las